El sistema afecta a la lengua. Sobre la poesía de Martín Gambarotta

==

1 /

Una de las dificultades teóricas más singulares de los estudios lingüísticos, al margen de la situación inquietante de indagar un objeto consigo mismo, es la de reponer el carácter dinámico de la lengua. Esto implica lograr que el propio objeto de la disquisición no sea evaluado como acabado, y relevado simple o idealmente como estructura, sino que se lo conciba y ejecute en términos de actividad. Esa conciencia doble del idioma como objeto y operación permite evitar disquisiciones innumerables y vagas en torno a una frase arquetípica, decodificable de forma aséptica según categorías morfológicas, fonológicas, sintácticas y demás hasta hallar, ¡al fin!, el núcleo ejemplar y vacío de su movimiento de sentido. No: la dinámica de la lengua está siempre fuera de ella, inscripta en las formas legítimas y no de participación, en el modo de disponer las tazas en una mesa, en la elección del trayecto de una movilización, en el precio de la papa negra o de un barril de crudo saudí, en un pizarrón recién pintado, en las modificaciones de la telefonía celular, en los métodos con los que se administra una compañía de telefonía celular, en los vínculos más o menos conocidos de esa compañía con otras, etc. ¿Todo hay que tener en cuenta a la hora de

relevar el sentido de un sintagma? Sí, todo. Porque relevar un sentido en el nivel de la lengua es, por supuesto, relevar la disputa por el sentido: relevar conflictos, jerarquías, ofensivas, contraofensivas, consensos e imposiciones que hacen a la sociedad.

El tema es que esa dinámica foránea a la lengua está en la lengua. Es más, también es desde la lengua que esa dinámica se constituye: así, está presente en las fórmulas de las licitaciones y su letra más o menos chica; está presente en el sintagma «el electricista»; está presente en los modismos, en los diálogos de cada día y los malentendidos inequívocos; está presente en el repertorio léxico de la publicidad en la vía pública; está presente en el adjetivo «industrial»; está presente en las conjugaciones verbales dispuestas sobre el pizarrón recién pintado; está presente en la sintaxis de la frase del titular de un periódico. Decir «está presente» enfatiza el idioma en sus usos contemporáneos, pero la actualidad del idioma es inescindible no sólo de su pasado (con sólo decir «castellano» emerge una temporalidad medieval) sino del pasado mismo de la sociedad, del que no puede desprenderse. Se reconozca con mayor o menor precisión, la dinámica de sentido de la lengua está atravesada por el mundo que es y fue, o sigue siendo, en sus cortes, disputas y continuidades.

Una conciencia semejante de la lengua sostiene los tres libros escritos por Martín Gambarotta: *Punctum* (Tierra Firme, 1996), *Seudo* (Vox, 2000) y *Angola* (Vox, 2005). Desde esa perspectiva, considerar que el estatuto político de esta poesía pueda estar dado, como se ha dicho en varias ocasiones y en particular con respecto a *Punctum*, por la puesta en valor de sistemas explícitos de referencia a la historia argentina de los años ‘70 en medio de una escena de consenso neoliberal, es testimonio de comodidad. Lo que hace político no sólo a ese poema sino, incluso con mayor precisión e intensidad, a los dos siguientes, es una consideración y un trabajo continuo con la lengua como espacio de tensión. Es más, es la operación política sobre la lengua la que justifica aquellas referencias al peronismo revolucionario en la Argentina, porque es justamente en la lengua y desde la lengua donde aquella experiencia de organización se inscribe en sus alcances, ineficacias y posibilidades de actualidad.

2 //

La figura moderna que concentra la idea inverosímil de la lengua como dominio exclusivo del poeta fue condensada por Mallarmé en su famoso verso de «La tumba de Edgar Poe» («Donner un sens

/ ¿Todo hay que tener en cuenta a la hora de relevar el sentido de un sintagma? Sí, todo.

plus pur aux mots de la tribu»), del que se desprende, por un lado, una vinculación incomprobable entre lengua y pureza y, por otro, la afirmación de que la relación del poeta con las palabras sociales del día a día estaría mediada por su capacidad superior para otorgarle a estas una intensidad mayor. Aquella figura permite dimensionar la posición desde la cual, en *Punctum*, *Seudo* o *Angola*, se ejerce la indagación sobre la lengua. Por un lado, porque habría que distinguir hasta dónde esa auto-evaluación social y superior del poeta no persistió en la auto-evaluación social y superior de las organizaciones políticas armadas de los años '60 y '70, mediada ya por la categoría de vanguardia. Por otro, porque quien acá ejerce la indagación es un afásico. De hecho, la escena de la mudez se repite a lo largo de los tres libros. En *Punctum,* donde se lee el sintagma «Quedarse sin palabras», se da cuenta del ingreso súbito a un hospital «a ver si trataban / tu imposibilidad de hablar» (50). En *Seudo*, el silencio se inscribe en la página: «No tengo ganas de hablar. / Está mal si no tengo ganas / de hablar» (18). Finalmente, en *Angola*, se hace una referencia a «la mandíbula tiesa» y se propone «Desatar el nudo de su mundo mudo» (35) en un verso que, en su homogeneidad vocal, exhibe la dificultad de articular. Pero también se dice, en este último libro: «Está callado porque tiene cosas para decir». Esta mención deja en claro que el trastorno o pérdida de habla del afásico está en relación directa a una necesidad extrema de uso de la lengua. Es más, hasta podría plantearse que es justamente la voluntad de tomar la palabra lo que está en la base de la mudez. La patología es entonces la de quien detecta que el idioma es la principal barrera para ejercerlo. Es el trastorno de quien sopesa el volumen inmenso de historias, posiciones, valores, sentencias, en fin, ideología, que las palabras cargan y construyen inequívocamente. Pero no es, por supuesto, una patología a-histórica: no es una dificultad del hablante con respecto a la lengua en general. Es el estado presente de la lengua, con sus propias valencias, el que genera esa mudez: es el «idioma oficial» (*S*, 121).

3 ///

Si la extensión de la mudez evidencia una interrupción o un estado de conflicto con el flujo de las hablas sociales del presente, no habría que abusar del diagnóstico. «Ni hablar» (*P*, 87): en principio, porque podría parecer paradójico que ese núcleo de mudez sea, en definitiva y obviamente, dicho. O sea, habría una aparente contradicción en la capacidad comprobada de poder dar testimonio de esa mudez. Pero no, porque hablar no puede confundirse con escribir. Son dos instancias cualitativamente diferenciadas en el uso mismo de la lengua. No habría equívoco más fatal que creer que en estos poemas hay alguien que «habla»; lo que hay, en todo caso, es una lengua objetivada. Una objetivación dada por una práctica que, si bien puede hacer uso de las hablas, no se mimetiza con ellas. Es más: si en todo caso esas mismas hablas fueran su objeto preciado, es a costa de separarse de ellas, de establecer un corte con ellas, que esa relación se instaura y vuelve posible. La diferencia cualitativa que existe entre hablar y escribir se aborda decididamente en las páginas de *Seudo*, en concreto dentro del ciclo acerca del trueno y el relámpago: «El trueno, por decirlo así / habla por sí mismo. / El relámpago no habla. / Escribe» (39).

4 ////

Lo que *Punctum*, *Seudo* y *Angola* presentan una y otra vez es la experiencia de la lengua como patología. El afásico es, además de afásico, a-léxico (incapaz en ocasiones de leer una palabra, o inclusive de reconocer una letra), y su afasia tiene además características de trastornos fónicos, evidentes en las dificultades para articular fonemas: «Kwan-fu-tzu trasca que cuando lee / la letra A se le aparece representada / al revés o acostada / tres líneas que se entrecruzan en un punto definido / pero que no representan nada y pronuncia perro / como prero...» (*P*, 30). Toda la problemática está supeditada a una afección mayor; el de *Punctum*, por lo menos, padece de afasia amnésica: «Cómo se llama eso que cuelga de la pared. / Cómo se llama eso que cubre la lámpara. / Rodeado de cosas sin nombre...» (8).

Es patente que es más fácil distinguir el diagnóstico que las causas que llevaron a la situación diagnosticada. Pero esa amnesia singular está histórica y políticamente atravesada; repone un drama mayor: una dinámica social interrumpida. El olvido señala entonces en principio el quiebre de la relación entre el hablante y el circuito mismo de su lengua. (Sería inadmisible y hasta impropio reponer una circunstancia de exilio; no porque esa circunstancia fuera inverosímil, sino porque ese término es en sí mismo inadmisible e impropio en su codificación cómoda en el «idioma oficial»). Ahora, el idioma que se mantuvo fuera de su ámbito de conformación debe volver a ser usado y reconocido otra vez en ese mismo ámbito que, por supuesto, no puede ser exactamente el mismo. En *Seudo* se dan otras precisiones: «...el idioma que aprendió en su cocina sentado en un banquito azul que ahora es naranja. La lengua materna» (103). La amnesia está conectada entonces a una asincronía: se está en posesión de una lengua en un estadio temporal desajustado con respecto al presente.

/ La patología es entonces la de quien detecta que el idioma es la principal barrera para ejercerlo

«Se le hace dificultuoso acordarse / de algunos sustantivos. Lo que mira o va a mirar se / disgrega a medida que se pierden en su memoria / las palabras que tiene / para representarse los objetos; / partes del mundo sin nombre / que se desarrolla delante suyo» (*P*, 31). La falta de nombres se corresponde con una «mente / vacía» (*P*, 7) y requiebra toda identidad: en principio, la del sí mismo, al punto que los tres libros de Gambarotta pueden ser leídos exclusivamente en relación al acto de poner y ponerse nombres: Confucio, Arnout, Gamboa, Bei Dao, Seudo, Yu Guangzhong, Rodríguez, Padre, etc. La multiplicidad nominal habilita la narrativa constante de un sujeto siempre partido: «Confucio… / ve irse a una parte de su persona, Kwan-fu-tzu, / por una calle mientras la otra, una fracción / a

la vez de sus mil partes / hasta ese momento indivisibles…» (*P*, 14). Pero esa doble, triple, cuádruple identidad no forma parte de una disquisición filosófica sobre la entidad contemporánea del sujeto. En la multiplicación y la procedencia de esos nombres destella en todo caso una ubicación histórica y política para ese uso anterior de la lengua que el afásico posee en el presente. Es la lengua clandestina de las organizaciones armadas: «Nombre de pila, segundo / nombre, sobrenombre, nombre / de familia, nombre / de guerra: Cabra» (*S*, 74).

La escritura se funda entonces desde un habla interrumpida y una lengua asincrónica devenida en una conciencia «hecha concha» (*S*, 100): la conciencia de que esa lengua que alguna vez fue articulada para un análisis de la coyuntura, para cantar en una plaza o en el trayecto hacia una operación, ahora es básicamente objeto y operatoria de una serie de versos. La diferencia cualitativa de ese desajuste incluye por supuesto el reconocimiento de una lengua usada entonces colectivamente y que en el presente del consenso neoliberal solo parece resonar en el ámbito de «Una pieza / donde el espacio del techo es igual / al del piso que a su vez es igual / al de cada una de las cuatro paredes / que delimitan un lugar sobre la calle» (*Punctum*).

5 /////

Son varias las escenas de *Punctum* en las que la frase se vuelve sobre quien la escribe, extrañada, según una dinámica que debiera operar de modo equivalente en la ocasión de la lectura. Esa extrañeza no siempre coincide con la imposibilidad de hallar la articulación buscada. Por ejemplo: «en la mesa de la cocina / siempre ordenada, mejor, organizada / por Gamboa» (*P*, 66). La diferencia que se instala en la aparente zona de sinonimia es histórica, ideológica y fundamental. Desde ella es posible avanzar aún más en el reconocimiento de la procedencia de esa conciencia asincrónica de la lengua: porque en la distancia marcada entre los términos «orden» y «organización» está la radicalización de la disputa política que se produce en la Argentina durante las décadas del ‘60 y ‘70. La eficacia de que la recuperación de ese pasado de la lengua aparezca ahora al margen de su ámbito específico de uso, en relación a la disposición de una mesa, consiste en reponer el sentido de la experiencia política como una totalidad que afecta y se manifiesta en todos los órdenes de la vida, incluyendo los modos de ingerir el té y, ¡por supuesto!, las prácticas de la lengua misma. Pero además permite al menos instalar la sospecha acerca de la dimensión extrema que puede haber tenido la derrota de la izquierda revolucionaria en el país. La organización fue derrotada por un orden y ese orden no solo se ha inscripto en el orden de las fábricas, en el orden de las escuelas y en el orden de la conducta personal en la propia cocina; se ha inscripto además en el uso cotidiano de la palabra.

La posibilidad inequívoca que plantea *Punctum* en 1996 es que, transcurridos entonces quince años de la recuperación del «orden democrático», el orden impuesto por la última dictadura militar no se haya interrumpido definitivamente. Esa es una de las tesis básicas del proyecto de Gambarotta: la lengua ha sido ordenada y ese orden, en buena medida, persiste. Es decir: el estado contemporáneo de ese «idioma oficial» que sostiene el consenso neoliberal está constreñido y hecho a medida del or-

Lo que *Punctum*, *Seudo* y *Angola* presentan una y otra vez es la experiencia de la lengua como patología /

den económico, político y social triunfante con la dictadura. Es exactamente el orden que sigue viendo el afásico que se despierta en las primeras páginas de *Punctum* «en el destello aguado de un aviso de yogur / que viene de la calle: / PORQUE LO MAS IMPORTANTE dice ES UNO MISMO».

6 //////

Reconocida en *Punctum* la persistencia de un orden en la lengua, *Seudo* y *Angola* se configuran en buena medida como ejercicios y entrenamientos para su organización. El método es desarmar y volver a armar, descomponer y volver a componer la lengua: la frase, las palabras, las sílabas, las letras. «Los que separan / estos elementos: franja roja, franja negra, media rueda dentada / machete, estrella amarilla y con eso / hacen otra cosa» (*A*, 37). El volumen intenso de ejercitación y entrenamiento que se va a desplegar en estos libros tiene por objetivo primero destruir las condiciones de un sistema generalizado de equivalencias: no todo es lo mismo. Ante un «idioma oficial» percibido como ámbito extendido de la sinonimia, se marca la necesidad de términos que delimiten con precisión sus valencias: «Un cartel que diga CERRADO / de un lado ABIERTO / del otro» (*S*, 131). En *Angola* se replica: «Esta no es la salida, es la entrada / la salida es ahí donde dice SORTIE» (67). En *Seudo* serán numerosas las disquisiciones en torno a la comida que son, simultáneamente, disquisiciones acerca de la posiciones de los términos en la lengua: «El yogur / se come después del pescado / o con el pescado, el pescado / se come antes que el yogur / o con el yogur, no se come / primero el yogur y después / el pescado» (132). Cada uno de esos tres sintagmas sucesivos enfatiza el valor del procedimiento: la disposición táctica de la mesa se extiende a la organización de los alimentos. La frase es ámbito de distribución, y la analítica gastronómica es campo de prueba de una analítica de la lengua que a su vez será campo de prueba para una analítica política nueva. No hay que olvidar que la lengua se aprendió, entre cuchillas y cacerolas, en la cocina. «El té se toma oscuro y en taza chica. // Los vecinos no saben tomar té / le ponen leche y azúcar para apagarle / el gusto asiático. A malaria» (*S*, 12).

Si hubo que recuperar entonces la nitidez diferencial entre «orden» y «organización», hay que recuperar por supuesto también

valencias compartidas: la puesta en valor, a favor de un objetivo, de la doctrina. Operar con la lengua y contra el orden de la lengua exige doctrina porque implica objetivos, métodos, tácticas, entrenamiento, disciplina, rigor. «Si el cerebro fuese / una lata de aceite de oliva perforada / que emana el espesor de su líquido verdoso / sobre una serie de palabras dislocadas, no» (*S,* 25). El disloque no es opción: es sólo a través de una ubicación determinada (el yogur junto o después del pescado) que se puede reponer un programa semántico eficaz. «Si ponés el pan en la canasta / junto a las bananas / después el pan / tiene gusto / a banana» (*S,* 27), donde habrá que ver, en este caso, cómo el poema demuestra la validez de su afirmación sin aproximar, en ninguno de sus versos, los dos elementos en cuestión. Pero dado que la semántica está condicionada por la posición de los términos en la frase, de *Seudo* a *Angola* se desarrolla una conciencia gradual en torno a la necesidad de incorporar la sintaxis como cuestión. Ahora la ORGA es una cuestión sintagmática. Se incorpora el movimiento de la frase a la preponderancia sustantiva y nominal. La sintaxis restablece el problema de la lengua en términos de coordinación y de jerarquías: un término en instancia de sujeto, de predicado, de complemento, no es el mismo. Al mismo tiempo, se comprobará que una sintaxis repetida favorece la diferenciación neta de los términos que la componen: «Los que saben dónde queda Angola, los que no saben / los que no saben pero dicen / saber» (*A,* 26). Desde esta perspectiva, ya todo *Angola* puede ser leído como un tratado de sintaxis. O, mejor, como un tratado de «gimnasia» sintáctica. Página 25: «La gimnasia no es gramática». Página 33: «La gramática es gimnasia». ¿Qué dicen estas dos sentencias? Dicen que una organización no puede quedarse en el problema de la nominación. Dicen que una organización debe abordar el problema de la organización de las palabras en la frase.

En el estadio de una lengua que habilita el glosario neoliberal, la lengua se desarma y se vuelve a armar en un programa de entrenamiento destinado a organizar las condiciones de posibilidad de otro uso político a partir del reconocimiento de la lengua asincrónica de la izquierda peronista argentina. La consigna de toda la operación es la configuración de una consigna: contundente, concisa, orientadora. Ese objetivo justifica la serie de tercetos armados en base a afirmaciones netas en *Angola* («un himno debe sonar idiota», 33) en la que se incorporan por primera vez ecuaciones que utilizan signos del lenguaje matemático (+, -, =) para vincular los términos. Ahí, más que la aspiración a una exactitud más o menos inverosímil, está la apuesta por una sintaxis que no diluya, con sus elementos de coordinación, la urgencia y la eficacia de un lema: «erradicar la Y» (*A,* 36). Pero además esos signos actúan como táctica de cifrado; señalan así tanto el uso clandestino de la lengua asincrónica como la necesidad contemporánea de una apuesta hermética: los mensajes, de carácter criptográfico, han de ser refractarios a la mirada indagadora del enemigo.

7 ///////

La experiencia patológica e histórica de la lengua parte de una asincronía pero también de una sobresaturación. La amnesia del afásico en relación a su lengua materna está en relación directa al aprendizaje obligado y dominio cabal de otra lengua,

al punto de que en alguna ocasión emergerá inclusive la pregunta acerca de cuál de las dos es verdaderamente la «materna». En *Seudo* está el sujeto del dilema: «rata bilingüe»

El olvido señala entonces en principio el quiebre de la relación entre el hablante y el circuito mismo de su lengua /

(100). Pero ya en *Punctum* se tematiza este uso doble en relación a la estancia en y fuera del país de nacimiento. Está por ejemplo el tío de G, «que cuando visitaba su país natal / hablaba un castellano perfecto / pero que de vuelta acá le volvía el acento raro» (16). La escritura de Gambarotta está fundada en la experiencia de la posesión de dos lenguas, ambas desajustadas respecto al contexto, ambas atravesadas por un «acento raro»: «El viejo postrado dudando en qué idioma / pensar "me estoy muriendo"...» (*P,* 16). La saturación de lengua es por supuesto una saturación de conciencia («En inglés se puede estar sick o ill, / en castellano únicamente enfermo» *P,* 26, 60), lo que permite entrever, por un lado, la lengua como un límite para la percepción del mundo («entonces hay / estados que existen en y para un idioma / y no en otro. Se podría decir / que hasta las dimensiones de la nada son relativas / al idioma que se habla...» 85), y que por otro demuestra la dramática de quien advierte la posibilidad de estar leyendo, con otra lengua en su cuerpo (con otras categorías, otras evaluaciones, otros posicionamientos), su mundo natal. Esa capacidad bilingüe desnaturaliza el carácter oficial de la relación entre lengua y territorio o, mejor aún, entre lengua y nación. En ese doblez lingüístico, vivido como dificultad y que desajusta la consideración «nacional» de la lengua, persiste una concepción internacional de la política que remite al componente marxista del peronismo revolucionario y su percepción de la Argentina en el orbe de las naciones tercermundistas.

8 ////////

La historia como afección y trastorno de la experiencia, incluida la lingüística, se testimonia en esta poesía en la dificultad constante para establecer los tiempos verbales adecuados. En *Punctum*, por ejemplo: «El Cadáver, que va a decir, dice o dijo» (39), en un verso que concentra, en un núcleo duro e inmóvil, la dinámica de la narración que se da a lo largo de esos versos: la dada por la imposibilidad de dinámica alguna. «La escena ansiosa se desarrolla sin tiempo verbal».

La inmovilidad es generada por la verificación de que los tiempos verbales del español no parecen ser un correlato eficaz para la percepción temporal de la historia argentina reciente. La pregunta sería: ¿están las conjugaciones disponibles del español a la altura de las circunstancias? El esquema verbal aparece entonces como un orden que hay que volver a organizar. Pasado, presente

y futuro no son ya etiquetas válidas para comprender y dar cuenta; menos válido aún es insistir en ese orden como si fuera el único posible. La primera evidencia de la ineficacia de ese sistema está dada por la comprobación explícita de que el pasado, como el mismo idiolecto del afásico lo indica, no ha pasado: pasa. «La noción de tiempo / perdida», se dice en *Punctum*. «O no pasa nada o no entiendo / lo que pasa». Un presente en el que no pasa nada porque lo que pasa es también lo que pasó; aunque haya que entender, simultánea y exasperadamente, que lo que pasó no es exactamente lo que pasa: «Lo que era no es, / lo que antes era, / no, después, lo que era / después, antes, no / es más, fue, lo que / en un tiempo era, / no es, lo que antes...» (58-59).

Tanto en *Seudo* como en *Angola* se insistirá en la necesidad de una concepción temporal alternativa frente a la mera linealidad cronológica: «Ahora no puede volver sobre los hechos de manera lineal» (*A*, 80); «sus dedos en cuenta progresiva hacia el regreso» (*A*, 10). Por eso, cuando se escribe «El relámpago / trae luz del día pasado / a la noche presente» (*S*, 32) emerge con mayor nitidez el problema de la inadecuación entre la lengua política de las organizaciones armadas y el presente con su «idioma oficial», porque esa inadecuación temporal exige para volverse legible un esquema temporal nuevo donde tanto el pasado encuentre su propia contemporaneidad como el presente pueda reconocer cuál sería la pertinencia del futuro ubicado en el tiempo pasado. Ahí en *Angola* está la alternancia entre el pretérito perfecto y el presente, o entre el presente y el futuro perfecto, en una misma frase para ponerlo en evidencia: «Sacó el cuchillo y en cualquier momento corta».

9 /////////

Si la dramática que atraviesa al disléxico es efectivamente la de la historia política argentina, con el problema físico patente de qué hacer o no hacer con la experiencia del peronismo revolucionario en el presente neoliberal, es porque toda esa dramática es percibida en la lengua misma. En Gambarotta la lengua es esa «conciencia práctica» de la que hablaban Engels y Marx en *La ideología alemana*: «El lenguaje es tan viejo como la conciencia: el lenguaje es la conciencia práctica, la conciencia real, que existe también para los otros hombres y que, por tanto, comienza a existir también para mí mismo; y el lenguaje nace, como la conciencia, de la necesidad, de los apremios de relación con los demás hombres». Aunque en realidad habría que decir que lo que señalan *Punctum*, *Seudo* o *Angola* es la contemporánea falta de practicidad de esa «conciencia práctica», el despegue abisal de la conciencia con respecto a las prácticas de lo real. De ahí tanto la fobia a las «ideas» como la convicción exasperante de reinstalar la lengua como materialidad. Ante un presente que sostiene la diferenciación, esencialmente idealista, entre lengua y realidad, la aspiración es «Plomo / para soldar ideas» (*P*, 72).

A lo largo de los tres libros la lengua se muestra entonces en su carácter tangible, como signo concreto, inclusive como cosa: «clavos en el bolsillo» (*A*, 10). Ese carácter de solidez nunca aparece en referencia a una palabra meramente bibliográfica; tiene que ver con esa palabra pretendida, la que es utilizada para marcar posición y pertenencia y que está hecha con materiales que exceden a la tinta. Es la palabra que se talla, que se cose, que se pinta. Es

La amnesia está conectada entonces a una asincronía: se está en posesión de una lengua en un estadio temporal desajustado con respecto al presente /

la palabra dibujada («Soy el que agarra / y con los restos de un / aerosol pone la palabra D----- / en su remera» *P,* 15), la palabra bordada («el nombre –empezaba con Y– bordado con hilo azul / en el bolsillo izquierdo del delantal» *P,* 61), la palabra estampada («mi brazalete del prt» *S,* 47), la palabra repuesta desde y vuelta efectivamente una mano («los dedos en V» *P,* 64). Es la preferencia por la sigla como inscripción: «UOM», como si cada una de esas letras hubiera sido fabricada, a molde, en un taller metalúrgico. Y por supuesto es la palabra que se pinta en la pared, se raya en los pupitres, se vuelve pública: «revolucionarias sigla fuerzas / armadas revolucionarias / en los paredones de las fábricas / en los bancos de la escuela…» (*S,* 73).

La escritura misma es concebida como un trabajo sobre la materia, porque el modelo mismo para el trabajo con la lengua es para Gambarotta el de la producción material: el de la vecina que pica la carne, el de ese que talla la madera o, puesta ya la máscara en la dimensión de dinámica histórica del trabajo, acciona la autógena. Los versos de *Punctum* «El cuchillo de la vecina cortando comida / sobre la tabla» (72) concentran todas las disquisiciones sobre la comida y la relación entre semántica y sintaxis de *Seudo*. *Angola* presenta varios poemas que describen con minucia el proceso que implica el grabado, un oficio actual que mantiene la temporalidad de una tarea artesanal: «El hombre que talló una madera no es el mismo / que sostiene la herramienta improvisada con la que talló la madera» (69). Ahí está grabado el deseo de una palabra que sea incorporada a las cosas, pero sobre todo una ética de la labor con la lengua que es la ética del oficio. *Seudo*: «y que no te escuche decir que perdiste / una herramienta en medio del trabajo» (12). Pero también en *Angola* la declaración «Todo lápiz está cargado de plomo» permite la analogía con el trabajo del soldador y conecta, justamente, dos instancias aparentemente antagónicas que funcionan en complementariedad como fundamento de todo el proyecto: por un lado, porque es una referencia capaz de inscribir esta poesía en la trama de la poesía política de las décadas del ‘60 y ‘70, presente en Punctum desde la exigencia de Ho-Chi-Minh («palabras de acero», 7) de una poesía que supere el repertorio orgánico de la lírica y que se sostenga en similitud a la industria pesada y soviética: «palabras de acero»; por otro, porque incluye la concepción de Ezra Pound de la poesía como corriente alterna y flujo de energía: «La literatura es el idioma

cargado de sentido en su grado máximo». Pero hay más, porque la analogía expansiva del trabajo industrial con la autógena se recorta frente al desarme meticuloso del mundo de la industria en la duración continua e inobjetable que se extiende entre las medidas económicas de Adolfo Martínez de Hoz y de Domingo Cavallo. El «idioma oficial» de la sinonimia es la lengua que se corresponde con el escamoteo del valor del trabajo. Así, en *Punctum*, la frase soberana «pacificación nacional» es minuciosamente traducida: «las fundiciones de acero: / pacificadas; los altos hornos zapla: / pacificados: en paz descansan las perforadoras / con mecha especial para tallar piedra, / las soldadoras eléctricas, las pulidoras de metal / y otras herramientas» (43).

10 //////////

Punctum señala así el trastorno histórico como un trastorno político que es a su vez un trastorno económico que es a su vez un trastorno lingüístico. Ah, también es por supuesto un trastorno literario: ahí está la «nueva narrativa» y, en fin, toda manifestación artística que se proyecte indiferentemente sobre la disolución de los modos del trabajo, ahondando la abisal diferencia entre la lengua como conciencia y las prácticas del hacer real. «Así, en vez de hacerte el artista / buscáte un oficio noble que te gaste las manos: / carpintero corta madera. Cambia madera / formada por sus manos y herramientas / por plata. Plata por madera / no ideas por madera. Plata / por una silla trabajada / con tus manos» (*P*, 55).

La lengua asincrónica de la izquierda peronista instala la pregunta por la clase. *Seudo* se hace cargo del dilema: «no sabe quién es, dónde está, qué idioma habla, a qué clase pertenece» (106). La utilización de los modelos del trabajo material para el trabajo sobre la lengua son retomados entonces desde la cuestión básica de la ubicación del poeta en la sociedad: «En el asiento de adelante: los artistas; en el de atrás: los trabajadores. Sin ser ninguna de las dos cosas iba en el de atrás haciéndose el trabajador, el huelguista...» (*S*, 84). El poeta usa un lápiz cargado de plomo, o compara su fraseo monosilábico a las llamas que escupe una soldadora. Pero es conciente de que no puede suprimir la diferencia que sostiene la analogía: «Para los bancarios –los banqueros no– / es una sensación / para los editores / es un talento sin fecha de vencimiento / en las fondas donde / charlan y comen los soldadores / es un inútil» (*S*, 151). La falta de definición «para los de tu clase» se constituye como una patología más: «no hablás idioma alguno».

11 ///////////

No hay lengua materialmente concebida que no reponga una sociedad concreta. Si no fuera así, estos dos versos de *Punctum* serían entelequia: «un general viejo metido en un cajón, / gente haciendo cola para verlo muerto» (45). La imagen se potencia en una experiencia directa o indirectamente compartida que forma parte de una historia común. Pero si la lengua trae a cuento una comunidad atravesada por una historia, lo que trae no es nunca exclusivamente aquello que se comparte, sino sobre todo y por lo mismo lo que está en disputa. La incorporación de la categoría de clase a la tarea de organización de la lengua importa la marca específica del debate interno entre el peronismo más ortodoxo y el peronismo

revolucionario con su incorporación del marxismo como perspectiva de análisis. Es la perspectiva de la que procede una observación como esta: «Para empezar / un electricista no es un electricista / sino un hombre que trabaja de electricista» (*S*, 28). Acá hay una muestra cabal de cómo la lengua ha sido y es ordenada. La expresión habitual «el electricista» permite reconocer una imposición que da cuenta de las condiciones del sistema sobre la lengua. El orden designa un ser donde lo que hay es una praxis. Naturaliza modos de producción y configura, a partir de ahí, una metafísica social.

Voloshinov, «El discurso en la vida y el discurso en la poesía», 1926: «Las principales evaluaciones sociales que se enraízan inmediatamente en las particularidades de la vida económica de un grupo social son las que se enuncian menos. Han entrado en la carne y en la sangre de todos los participantes de ese grupo; son ellas las que organizan las acciones y las conductas de las personas...».

12 ////////////

La teoría sobre la lengua propuesta en estos libros emerge de la instancia variada de la práctica, e incluye el problema acerca de cuál sería la combinación precisa entre capacidad de análisis y capacidad de acción a fin de configurar las condiciones de posibilidad de una lengua política nueva. Esa es entonces la pregunta decisiva: ¿están dadas las condiciones? En este caso, ¿están dadas las condiciones para la emergencia de una lengua política capaz de reponer temas, problemas y abordajes ausentes y suprimidos en la deriva sinonímica del «idioma oficial»? A semejante pregunta se la responderá haciendo foco en el acto de cortar un pomelo. En sí misma, la capacidad analítica no sería sino síntoma de inacción: «No está dado el contexto para cortar / un pomelo pero igual corta el pomelo / y así cambia el contexto dado» (50). La analítica exige la instancia definitoria de la acción: «Sin corte no hay salida del corte» (48), y la acción del corte implicará en principio el corte con toda idealidad, con todo sentido de unidad capaz de ocultar tensiones. Se corta el pomelo y queda: «la redondez / perfecta en mitades imperfectas» (52). La práctica devuelve el análisis al nivel de lo existente.

Lo que decía no era lo que pensaba
hasta que cortó un pomelo por la mitad
y expuso el centro de ese mundo a la luz
entonces sí, con la fruta una vez partida
lo que pensaba era lo que decía.

La mención explícita a la adecuación o, mejor aún, a la correspondencia entre pensar y decir, no debiera distraer la verdadera operativa: es un hacer lo que la

/ La experiencia patológica e histórica de la lengua parte de una asincronía pero también de una sobresaturación

permite. Pero tampoco debiera distraer el modo en que repercute en esta respuesta la radicalización en torno a la acción de las organizaciones armadas; una radicalización que supuso inclusive un cuestionamiento definitivo de todo aquello que no fuera una acción propiamente dicha, incluida la palabra. Porque el dato determinante de la acción se plantea acá desde la entidad de un verso y como problema de la lengua. Por eso en este caso la acción no sólo designa el corte efectivo de un pomelo, sino también una acción sobre la misma lengua: cortarla. Un corte que recupera también, en dosis de continuidad y diferencia, la necesidad de la violencia como alternativa. El saber gramatical mimó antiguamente en la frase el orden de un ejército armado. En la poesía de Gambarotta ese ejército regular e institucional es por supuesto clandestino; por eso no es el orden su objetivo, sino la puesta en crisis de ese orden desde una capacidad de organización mayor. Esto: «La violencia organizada / es superior porque permite / perpetrar reiterados hechos de violencia / contra el sistema. Para derrocar al sistema / hay que lograr una organización superior / al sistema, golpearlo varias veces hasta / desorganizarlo» (*P*, 64).

13 /////////////

Punctum, *Seudo* y *Angola* indican la ingenuidad de pensar que la recuperación del «orden democrático» haya interrumpido definitivamente las fuerzas reaccionarias, porque demuestran que la lengua aún exhibe sus marcas. Esas marcas señalan entonces una tarea por hacer. El aporte que estos libros hacen a esa tarea consiste en plantear las condiciones de posibilidad para un nuevo uso político de la lengua: la revisión del esquema de los tiempos verbales que supone una reconsideración de la historia argentina reciente, el rigor para la diferenciación de las valencias semánticas como modo de instalar figuras y cuestiones ausentes o naturalizadas, el discernimiento de la jerarquía de la sintaxis a fin de priorizar un programa… Es decir: la evidencia de la extensión del triunfo del ejército regular en el orden de lengua no obtura la evaluación acerca de la posibilidad de una nueva etapa, y la lengua asincrónica de las organizaciones armadas aparece tanto para confrontar como para aportar la base de una nueva organización, aún con la pregunta acerca de qué grado de pertinencia podrán tener los métodos vanguardistas aplicados en la formación incierta pero posible de una lengua democrática. Esa asincronía tiene entonces su ocasión de concordancia, porque la radicalidad de las organizaciones armadas se muestra ahí adecuada para confrontar otra radicalidad, la de la instauración neoliberal, y más aún desde el léxico y los temas del peronismo revolucionario cuando es en el nombre mismo del peronismo que el neoliberalismo es dicho en la Argentina.

Un plan político no puede ser exactamente un plan sobre la lengua. Pero un plan sobre la lengua debería ser exactamente un plan político. Por eso el espacio de intervención de estos poemas no es la calle o la plaza; ni siquiera un territorio denominado Angola. Es lo que en *Angola* se define como «plaza Sintagma». Es la concepción de la frase como espacio público y común. Ni siquiera, al menos por ahora, la frase articulada, la frase pronunciada, la frase que acepta la dinámica de las hablas, menos que menos la frase estampada en la pared, sino la que se compone y entrena en una mente que tiene las dimensiones de una pieza en

Punctum, que es un cerebro como una lata de aceite de oliva perforada en *Seudo* y que es en *Angola* un cráneo calculador. Una neurofisiología extendida del lenguaje en la que cada elemento y nivel de la lengua es sometido a una violencia desde la convicción de la necesidad de una nueva gramática, una nueva semántica, una nueva sintaxis. El objeto es la frase y el objetivo la consigna. Se trata de una analítica violenta sobre la lengua destinada a forjar una consigna política que pueda imponerse al «idioma oficial», a ese bla bla bla incesante, sinonímico, inflado e ideal del enemigo. ¿El enemigo? Sí; en principio, aquel que cree que la lengua está hecha a su medida. En este sentido hay que relativizar el relativismo lingüístico al que se hace ocasionalmente mención en estos libros. La extensión de una lengua no es absolutamente la extensión del mundo; el límite cierto que impone no es precisamente definitivo. «Una fruta a la que ve / perfectamente pero no puede reconocer, / registrar, ni darle nombre aunque igual / la guarde en uno de los bolsillos del gamulán» (*P*, 31). O sea: se puede robar lo que por ahora no tiene nombre.

==/ **Sergio Raimondi**

procedencia \

Este ensayo, ahora con algunas correcciones, ajustes y derivas, se publicó por primera vez en *Margens/Márgenes*, Universidade Federal de Minas Gerais – Universidad de Buenos Aires, n° 9/10, enero-junio 2007, pp. 50-59.